

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Advertencia.* = *Sobre el proyecto de un nuevo teatro, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carri- llo. Segunda parte.* = *Geroglífico.*

## ADVERTENCIA.

**Damos con este n.º una lamina doble de figurines de trages, cosa que no entraba en nuestros compromisos. Esta sera una prueba mas, sobre tantas otras, de que siempre vamos mas alla de nuestras ofertas, en obsequio de nuestros numerosos y constantes favorecedores.**

## SOBRE EL PROYECTO DE UN NUEVO TEATRO.

Nuestro distinguido impugnador de *El Comercio*—y allá va ese en cambio de los piropos en que esconde sus picantes alusiones—nos ha regalado un largo artículo para demostrarnos que somos vulgo, que estamos faltos de buen sentido, y lo que es mucho peor que todo eso, que no sabemos una palabra de economía política. La cosa no merecia ciertamente tanto trabajo y tantas palabras. Con- venidos, y adelante.

Principia diciéndonos que ya contaba con hallar impugnadores en el *vulgo* de aquellos que ó tienen interés en el proyecto ó que abriga la infundada pretension de pasar por directores de la opinion pública. Primera alusion.

Equivócase en ambos conceptos. Nuestro interés precisamente estaria en la conservacion del actual teatro. La participacion que nuestra familia tuvo en él hizo que en los convenios posteriores se nos reconociese cierto derecho personal, que se con- signa en los pliegos de arriendo; derecho que disfrutamos, y que no tendríamos en otro teatro. Esta alusion salió por tanto huera.

Respecto á la opinion pública no somos tan bobos que creamos que se deja dirigir ni por nosotros ni por nadie. Quevedo decia: "Si quieres que las

mugeres se vayan tras tí, vé tú delante de ellas." Eso sucede á la opinion pública. Mal hará quien crea que la dirige porque se pone á caminar de- lante. La alusion de fatuidad que tan gratuita co- mo galantemente nos dispara salió tambien huera.

Ahora bien, nosotros acogimos con entusiasmo el pensamiento de la construccion de un teatro en Cádiz, como hemos acogido siempre todo lo que tienda á dar beneficio, importancia, grandeza y glo- ria á nuestro pueblo; todo lo que pueda presentar á los estraños una idea digna de nuestra cultura, de nuestras artes; la acogimos, porque nos duele en el alma que poblaciones á quienes en nada cede ni de- be ceder la nuestra, se envanezcan de sus teatros y se burlen de los míseros que poseemos; la acogimos, porque está en la conviccion de todos que el tea- tro Principal, por causas visibles y que la espe- riencia ha comprobado siempre, no es posible que ofrezca nunca espectáculos tales como el público anhela y necesita. Toda vez que se realizase este deseo, no exclusivamente nuestro, sino universal, poco nos importaba que el teatro se construyese por un particular, por una empresa ó por el ayun- tamiento; pero puesto que aquellos no lo hacian y que este daba señales de quererlo hacer, creimos y creemos que debíamos, no suscitarle obstáculos ni embarazarle en su marcha, sino por el contrario animarle y ponernos á su lado, como nos habria- mos puesto al lado de quien quiera que dotase á Cádiz de una obra digna, beneficiosa y grande.

El articulista dice que está muy lejos de conde- nar el proyecto si se realizase por la accion del interés individual; pero si ha principiado por de- cir á los particulares que no deben destinar sus ca- pitales á semejante objeto, si ha tratado de incul- carles la idea de que la especulacion es inconve- niente, improductiva y hasta ruinosa, cómo han de acometerla?

Si pues ni el ayuntamiento ni los particulares deben, segun el autor, construir otro teatro, cla- ro está que lo que se quiere es que no se constru- ya ninguno. Ya sabíamos nosotros que era aquí adonde se queria venir á parar. Esa es la econo- mía política de nuestro distinguido contendiente.

Por lo demás, búrlese ahora cuanto quiera y desprecie á su sabor al arte y á los artistas, por mas que otras veces nos haya hecho la apoteosis

de un sí bemol y se haya estasiado ante las emociones de una pirueta; díganos que "la gloria artística es la luz de Bengala de la civilización," que "la poesía y las artes son propias de los pueblos en su infancia y en su juventud, y que tienen que ceder su puesto á las ciencias de aplicación y á las artes industriales cuando estos llegan á su virilidad." La Europa le contestará con un solemne mentís, y la civilización le dirá como Jesucristo que el hombre no vive solo de pan; le dirá que el ser racional é inteligente ha menester algo mas que el pesebre, único goce de las bestias; que su razón necesita tambien alimento; que el mundo no es ni puede ser todo él un conjunto de graneros, almacenes y tiendas, y que el exagerado afán de los intereses materiales ahoga el germen de todas las ideas grandes y generosas, haciendo al hombre egoísta y convirtiéndole en una simple máquina de calcular.

Si los pueblos, si los individuos no hubiesen atendido mas que al tanto por ciento, ¿dónde estarían las grandes, las portentosas obras con que se honra el ingenio humano? ¿Cómo se hubieran construido esas magníficas catedrales, cómo se habrían alzado esos suntuosos monumentos, cómo se hubieran producido esas maravillas de las artes que el orbe admira? Rafael, Murillo, Velazquez, Canova y Herrera no habrían jamás cogido la paleta ni empuñado el cincel ni manejado el compás, porque los gobiernos, los pueblos y los individuos habrían calculado que ni sus lienzos, ni sus estatuas ni sus edificios les darian rédito alguno; que era en fin un gasto improductivo, y que deberían por tanto destinar aquellos fondos á la construcción de almacenes, á la negociación de efectos públicos, ó al cultivo de las patatas. Cádiz habria dicho entonces: "¿Por qué he de gastar treinta y cuatro millones de reales en una catedral cuando ya tengo otra? ¿Esa cantidad, aunque solo fuese al cinco por ciento, no me redevendría un millon y setecientos mil reales?"

Que los espectáculos públicos han de corresponder, no solo á las necesidades, sino á la grandeza y á la importancia de las poblaciones, es un hecho innegable. El forastero, el extranjero, juzgan por ellos á los pueblos, porque es lo primero que conocen. "Ciertamente, dice Jovellanos, que á juzgar por los teatros de España del estado de nuestras artes, se podría decir con justicia que estaban aun en su rudeza primitiva. Tales son la ruina, estrecha é incómoda figura de los mismos, el gusto bárbaro y riveresco de arquitectura y perspectiva en sus telones y bastidores, y en una palabra, la indecencia y miseria de todo el aparato escénico. El teatro es domicilio propio de todas las artes; en él todo debe ser bello, elegante, noble, decoroso, y en cierto modo magnífico; no solo porque así lo piden los objetos que se representan en él, sino tambien por dar ejemplo y fomentar las artes de lujo y comodidad, y propagar por su medio el buen gusto en toda la nación." Y mas abajo esclama: "¡Qué miserables somos! ¿Quién no recordará con vergüenza la grandeza de nuestros

antiguos en estos espectáculos? En cien millones de sestericios (cerca de cincuenta millones de reales) se graduó la pérdida causada por el incendio de un teatro provisional que Emilio Scauro hizo erigir en Roma para celebrar la entrada de su magistratura; y en el glorioso tiempo de Atenas la representación de tres tragedias de Sófocles costó á la república mas que la guerra del Peloponeso."

Esto lo decia un hombre eminente, que era harito mas estadista que poeta.

Nosotros, al ocuparnos de este asunto, jamás lo hemos hecho en el mezquino sentido del debe y del haber, porque no se nos ocurrió que tales cuestiones habian de empequeñecerse hasta semejante extremo. Táchenos de nuevo de vulgaridad el articulista, y suponga todo lo maliciosamente que quiera que nuestra defensa no se hace "para mayor gloria y esplendor del arte, sino porque así convenga al interés de los que lo hemos cultivado;" nosotros le replicaremos que esa comedia que nos cita *Coquetismo y presunción*, no nos ha producido ni nos produce un solo real; y además le repetiremos que esa gloria y esplendor del arte, único móvil de nuestra conducta porque entendemos que refluye en esplendor, gloria y utilidad de nuestra patria Cádiz, está para nosotros tan por encima de todos esos cálculos mercantiles en que pretende hacerse fuerte, que ni siquiera habíamos imaginado se tragesen á cuenta. Por eso ni hablamos de ello entonces, ni tenemos por qué hablar ya, toda vez que nuestro amigo y compañero en el anatema, Sr. Iquino, ha echado á rodar esas cuentas galanas en las que se pretendia que el ayuntamiento pagase las pérdidas de un teatro al que nadie ha pensado tocar, y que muy probablemente ni siquiera es de la beneficencia, con otras partidas de tanta importancia como el arriendo de los puestos, que son dos ó tres, y esos ruinosos, la prevención civil, establecimiento suntuoso, indispensable, y que sobre todo no hay otra covacha donde ponerlo, y demás razones de á ochavo que constituyen el argumento magno; el que, segun el articulista, "vale por todos."

Olvidósele, sin embargo, el mayor y mas convincente, y es raro, porque dá gusto verle espurgar maravedises. Este argumento es tal que no hallamos réplica para él y nos damos por vencidos. Queremos hablar de los diez reales de sueldo que habrá de tener el conserje, y que por lo importante se puso por posdata en *El Comercio* del siguiente día. Aquí ha sucedido como en las cartas de las mugeres: la posdata es lo mas delicioso. Quede pues consignado para honra de España en el siglo diez y nueve y para edificación de las generaciones futuras, que en Cádiz no puede haber teatro porque ha de tener un conserje con diez reales de sueldo.

¿Cómo se tirará de los pelos el Sr. Don J. J. por no haber dado en ello despues de tanto discurrir y de tanto hablar! ¿Para qué le sirve toda su economía política si así se le van las mejores?

Queda, pues, sentado, que si peca gravemente

en millo-  
illones de  
el incen-  
io Scauro  
ntrada de  
o de Ate-  
e Sófocles  
el Pelopo-

era har-  
jamás lo  
el debe y  
tales cues-  
semejante  
idad el ar-  
nente que  
"para ma-  
porque así  
s cultiva-  
comedia  
no nos ha  
y además  
or del ar-  
que enten-  
y utilidad  
sotros tan  
mercantiles  
quiera ha-

Por eso  
os por qué  
o y compa-  
do á rodar  
cencia que  
de un tea-  
e muy pro-  
cencia, con  
o el arrien-  
y esos rui-  
to suntuo-  
o hay otra  
de á ocha-  
no; el que,

y más con-  
erle espur-  
tal que no  
por venci-  
s de sueldo  
por lo im-  
omercio del  
en las car-  
s delicioso.  
España en  
de las ge-  
uede haber  
on diez rea-

on J. J. por  
discurrir y  
oda su eco-  
es?

gravemente

contra la ciencia todo particular que construya un nuevo teatro, es un crimen de lesa economía el que lo posea un ayuntamiento. Sin embargo, es un consuelo para nosotros el ver que esa atrasadísima, esa ignorante, esa pobre Francia no opina como nuestro ilustrado contendiente en este punto, sin duda porque no ha leído á esos economistas ó porque si los ha leído ha tenido el mal gusto de no hacerles caso. Nuestra cuenta no es galana como la suya, sino auténtica. De doscientos cincuenta y tres teatros que hay en los departamentos del vecino imperio, ciento treinta y dos pertenecen á los ayuntamientos, trece á sociedades, cincuenta y cinco á particulares, y treinta y ocho están inscritos sin designación de propietarios: ¡Así medra aquel país!

Y ahora que de ayuntamientos hablamos, suplicaremos al Sr. D... que procure no tener por bobos á sus benévolos lectores haciéndoles el bú un día y otro día con lo de las obras del puerto y la traída de aguas; cosas ambas cuya preeminente importancia sobre la de teatros y sobre todo hemos proclamado mucho antes que dicho señor. Pero importa advertir que las obras del puerto no tienen que sufragarse por la localidad; son obras del estado que es quien debe hacerlas; y respecto á la traída de aguas, el proyecto presentado por una compañía empresaria, no exige del ayuntamiento ni un solo maravedí.

¿Por qué, pues, nos trae á la discusión semejantes argumentos? ¿No teme que alguien le tache ó de no saber lo que se dice, ó de falta de buena fé si sabiéndolo nos dá razones en cuya exactitud no cree?

Aquí llegábamos con la lectura de nuestro proceso cuando vimos la nota en que se nos fulmina un anatema á vueltas de dos ó tres reticencias. Queremos las cosas claras, y por lo tanto vamos á explicar lo que allí decíamos. No vayan á pensar los que no hayan leído el párrafo nuestro á que se refiere que encomiábamos en él con toda la exaltación de la sensualidad mas erótica las morbideces de una bailarina, por ejemplo, ni que describiámos punto por punto lo torneado de sus académicas formas: nada de eso, hablamos simplemente de las casas de espósitos, cuyo objeto nadie ignora, ni por mogigatería aparenta ignorarlo. Nosotros sentimos haber dado ocasión á que se alarme el susceptible pudor del articulista; pero citamos el hecho, no por distracción, sino como argumento que quisimos sacar de esa ciencia que es su ídolo. Si hay economistas como Smith y Say, que reduciendo al gobierno á vigilar no creen que deba pagar nada para las bellas artes, es de sospechar que nuestro impugnador, que en esta parte los sigue, también admita como ellos que tampoco debe sostener el culto ni criar á los niños espósitos. En esto último, Malthus es de la propia opinión; porque conviene saber que los mas de los escritores que han sido las lumbreras de la ciencia económica han predicado descaradamente contra la caridad; lo cual se comprende muy bien toda vez que su norte es el egoísmo. Véase, pues, nuestra idea en el párrafo que ha merecido las censuras canónicas del Sr. D. J. J.

Una palabra sola tenemos que decir á ese señor acerca de la comparación que supone hemos hecho entre la Srta. Ramirez y los prestidigitadores de la feria. Esta palabra es, que está completamente trascordado.

Pero ya hemos dado en el quid. Se despejó la incógnita. Ya sabemos la picardía que se quiere hacer embozadamente... ¡La subvención! ¿No se han horrorizado todavía nuestros lectores? Pues repetiremos la terrible palabra para que se les erizen los cabellos. ¡La subvención!

Sin embargo, aquí pudiera decirse lo que el abogado de la pieza *Un bofetón y soy dichosa*, cuando la esposa graduada de picardía el que el código no imponga pena al marido que mantiene una manecita fuera de su casa. "Será una picardía; pero es legal." Es el caso que el decreto orgánico de teatros vigente prescribe el que haya teatros subvencionados, así en Madrid como en las provincias, y esta disposición, si no se ha puesto en vigor, no ha sido derogada hasta ahora. La legislación creemos que es la verdadera y la única autoridad para un abogado, y no la opinión de Bastiat, que ni ha sido nunca legislador de España ni de ninguna otra parte, ni tenemos por tanto que acatar sus preceptos. El estado subvenciona en París cuatro teatros, y en Bélgica, país el mas industrial de Europa, el primer teatro de Bruselas tiene una alta subvención que pagan por mitad la lista civil y el ayuntamiento de la capital. Hace pocos años, en fin, que las cámaras francesas aumentaron las subvenciones de sus teatros, creyendo insuficiente la cantidad propuesta por el gobierno.

¿Pero qué saben de economía política esas bárbaras naciones que acabamos de mencionar? ¿Qué prosperidad es la suya? Nosotros esperamos que cuando aprecien mejor á Bastiat, y sobre todo, cuando lean las artículos de nuestro impugnador, caerán de su burro y conocerán, como dice el articulista, que "el hombre de verdadero mérito en las letras y en las artes, si vale realmente, el buen sentido público le hará justicia y le recompensará debidamente sus tareas."

Por eso Cervantes se murió de hambre, porque no tenía verdadero mérito. Si lo hubiese tenido, el buen sentido público le habría hecho justicia. Ha hecho mal, por tanto, la posteridad en levantarle una estatua; que además tiene el gravísimo pecado económico de que el dinero que costó no produce rédito alguno.

El asunto no se agota, pero sí nuestra paciencia, y probablemente antes la de nuestros lectores. Concluimos pues dando las gracias mas encarecidas al Sr. D. por el cuidado que se toma en querer dirigir nuestra educación científica, recomendándonos buenos libros que leer, "en vez de perder lastimosamente el tiempo con poesías insustanciales," que es en efecto, con dolor lo confesamos, lo único que hemos hecho y que hemos estudiado hasta ahora. Algunos podrán ver en esta advertencia algo de modestia: nosotros no vemos mas que un exceso de buena voluntad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

# RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POE

D.<sup>a</sup> FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

## SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Doña Ana trató de desvanecer aquellas sospechas y en breve tranquilizó á la inocente y bondadosa Doña Isabel, que ya estaba arrepentida de haber pensado mal respecto á los planes de la condesa, sin embargo de que habia pensado muy bien acertando la verdad.

Doña Ana le habia dicho: "El rey teme, tal vez con fundamento, y está pronto á castigar."

Y Doña Isabel, que amaba al uno y al otro con extremo; Doña Isabel que hubiera dado gustosa su vida por cualquiera de los dos, fué al cabo la que se mostró mas solícita porque se llevase á debido efecto la entrevista que Ana solicitaba. La astuta condesa habia conseguido su intento.

Cinco minutos despues se hallaba en presencia del infante D. Juan.

Este hombre inquieto, turbulento, ambicioso, unas veces cobarde y otras en extremo atrevido, pero siempre suspicaz, enredador y revoltoso, solia estar casi siempre en guardia, como aquel á quien arguye la conciencia de haber cometido grandes pecados. Cuando se encontraba solo, como le halló Doña Ana, solia estar muy propenso á sentirse predominado por los terrores propios de la supersticion de su época, y en ciertas ocasiones hubiérale bastado el revoloteo de una mosca para hacerle vacilar y temer.

Doña Ana le halló en uno de esos momentos, y si bien la infanta habiale tranquilizado diciéndole que el religioso que lo buscaba era una persona que se interesaba por él y que venia con el fin de darle un aviso prudente. D. Juan lanzó una mirada indagadora sobre el recién llegado, tranquilizándose cuando le vió encorvado por la fuerza de los años y al parecer de todo punto inofensivo.

Doña Ana habia vuelto en efecto á fingir con la mayor propiedad. La infanta se retiró dejándolos á solas.

—Llegaos, buen anciano, dijo D. Juan haciéndole señas para que se acercara; mi hermana me ha dicho que veniais á darme cierto aviso y que podia fiarme de vos. ¿Qué teniais que decirme? Hablad.

—En primer lugar tengo que deciros, dijo Doña Ana con voz balbuciente y temblona, que D. Lope de Haro y su padre se han puesto ya en camino para volver á Valladolid.

—Diablo! exclamó D. Juan dando una puñada sobre uno de los brazos de su sillón; yo no los habia tan decididos. ¿Sabeis cuando llegan?

—De un momento á otro; tal vez mañana, ó acaso esta misma noche. Pero no es esto lo que en mi concepto debe interesaros mas: dignaos echar una mirada sobre los hábitos que llevo y decid si no os recuerdan lo que pasó en mi convento la noche que precedió al día en que esos señores debieron ser reducidos á prision por órden espresa del rey.

—Nada he olvidado, dijo D. Juan fijando sus miradas inquietas en el rostro del fingido religioso y atónito de ver el giro que este acababa de dar á la conversacion; lo que no acierto á comprender, continuó, es el motivo por el cual me recordais todo eso.

Doña Ana sufrió con aplomo la mirada investigadora del infante y le dijo:

—Yo os lo diré todo, señor: la noche de que os hablo entraron en el convento varias personas que no pertenecian á él, pero que iban allí á tratar de asuntos sumamente graves. De todas estas personas la primera que llegó fué un tal D. Lope de Haro á quien vos no debeis querer mucho.

(Se continuará.)

Agotada por completo la segunda reimpression que hemos hecho del primer cuaderno de Enero, y teniendo pendientes aun compromisos con los nuevos suscritores que nos lo reclaman, ofrecemos dar por cada uno de dichos cuadernos el doble de su valor en libros de los que se hallan en el catálogo inserto en el prospecto de LA MODA á todo el que nos lo quiera ceder.

### Solucion del geroglífico anterior.

*Sé pulcro y económico y la fortuna te mirará.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

